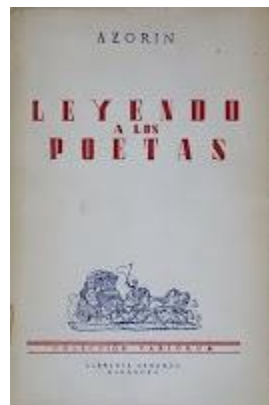


AZORÍN Y LOPE DE VEGA: LEYENDO A LOS POETAS

por **Francisco Javier Díez de Revenga**

Universidad de Murcia



Hay un libro de **Azorín** que no deja de sorprender al lector: se titula *Leyendo a los poetas*, que se imprime con *copyright* de Azorín, 1929, pero en realidad se publicó en 1945, y la selección de artículos recogidos en él no la hizo el propio Azorín, sino el periodista aragonés **José García Mercadal**. En realidad, el libro se publica en Zaragoza en 1945 en Colección *Variorum* de la Librería General de Zaragoza. El libro no se ha reeditado nunca. Y en él Azorín muestra cómo lee a los poetas: cuando se aproxima a un poeta quiere sentir enseguida la vibración lírica que le conmueve e intentar sin demora explicarla concentrándola en una impresión, en una reflexión sobre tal o cual poeta, en una lectura de este o aquel poema, siempre sin orden ni concierto, deteniéndose aquí y allá, sin prejuicios ni ideas preconcebidas, siempre abierto a recibir una impresión para contarla al lector de sus artículos en el periódico. Y tal es lo que ocurre en este libro con sus lecturas del poeta **Lope de Vega**.



Lope de Vega, por Eugenio Cajés. Museo Lázaro Galdia

En su primera evocación de Lope en *Leyendo a los poetas* (“Lope de Vega”), Azorín evoca al joven atolondrado de diecisiete años y reconstruye sus conflictos y sus amores con una lectura detenida de varios pasajes de *La Dorotea* que considera autobiográficos. Y de *La Dorotea* extrae el pasaje en el que Lope censura directamente al escritor que no reflexiona ni medita, lo que se contradice con la imagen del propio Fénix que transmite el maestro: “¿Cómo escribe Lope? Escribe rápido, veloz, vertiginosamente. Una comedia la hace en un abrir y cerrar de ojos” (1945: 37). Y se pregunta aún más: “¿Borra mucho Lope cuando escribe? ¿Reflexiona, medita, repiensa un momento lo que escribe y echa un tachón sobre lo que ha escrito, para escribir a seguido otro vocablo más exacto, otra frase más feliz?” (1945: 38). Se refiere Azorín leyendo *La Dorotea*, y averiguando allí los detalles autobiográficos del joven Lope, a la enfermedad que padece: neurastenia; “es mozo, tiene sangre y fósforo: enfermedad melancólica por amorosa inclinación o pérdida del bien que se gozaba y que los médicos llaman erotos” (1945: 39). Pero todo cambiará con la madurez y el gozo de la popularidad y la admiración de sus seguidores, aunque siempre corrigiendo y tachando; quien no piensa no borra, se dice en *La Dorotea*. Para concluir el maestro Azorín esta avocación con una pregunta enigmática, tras los elogios a su fecundidad e ingenio y después de llamarlo poeta fecundísimo, de un ingenio fértil en extremo. “Pero ¿y la emoción, lo sutil, lo delicado, lo etéreo, lo inefable, la divina emoción?” (1945: 40). Era el 24 de febrero de 1914.

En el segundo artículo, “El barroquismo de Lope”, asegura Azorín que Lope no era un poeta barroco ni su poesía se distinguió por los artificios porque era un poeta espontáneo. Lo más interesante de este capítulo es que Azorín para demostrarlo se apoya en **Alberto Lista** y en sus estudios como ensayista. Lista es otra de las reivindicaciones de personajes olvidados de las que hay muchas en *Leyendo a los poetas*. Y, en efecto, lo que afirma Lista es que Lope es el poeta más fácil y fluido de todos los poetas españoles: lenguaje puro, pensamientos siempre ingeniosos y con la gracia cómica que complace sin ofender: describe las bellezas sencillas, las escenas hermosas de la naturaleza, los placeres de la vida del campo y la sencillez de las costumbres. Sencillez y verdad, añade Azorín: naturaleza, pueblo, mujeres, estos son los temas fundamentales y los tres grandes amores. Y siguiendo a Lista destaca y afirma que nadie ha escrito con más verdad el alma, la constancia y la ternura de la mujer, su valor en las situaciones más difíciles de la vida y la disposición a sacrificarse por el objeto que ama. La estética de Lope no es arte sino instinto: “Diríase un impulso de la vida pura y espontánea. El poeta cambia rápidamente, impulsado por su amor instintivo, irreprimible de las cosas y de los seres” (1945: 45). Y lejos queda, en efecto, el barroquismo, el saber culto y extraño y la pedantería a que se refiere Lista cuando el poeta se enreda en cuestiones escolásticas. El grande, tembloroso y magnífico poeta que era Lope estás lejos, muy lejos del barroquismo. Y queda también para la posteridad el encomio de Lista, de quien nadie se acuerda: “no se le cita jamás; nunca se le recuerda. En los manuales de literatura nunca se alega su autoridad” (1945: 43). Pero sus estudios literarios, que Azorín detalla y enumera en este artículo, siguen siendo imprescindibles porque era un fino, delicado y sagaz crítico: “Lista es un ensayista. Acaso el primero de los ensayistas españoles” (1945: 43).



Alberto Lista, pintado por el murciano Domingo Valdivieso. Ateneo de Madrid

Azorín está en San Sebastián y escribe un 11 de julio, de 1918, sobre un poeta moderno que le ha sorprendido en una edición recientemente publicada y transcribe unos versos en los que se transparenta la naturaleza y la tierra y que a alguien le parecerían relacionables con **Francis Jammes** o la **Condesa de Noailles**. El motivo es el campo y San Isidoro Labrador. Pronto revela Azorín que el poeta transcrito no es otro que Lope de Vega. El artículo se titula "La tierra española". Surgen enseguida inteligentes comentarios sobre los textos transcritos y más aún, una comparación de la poesía de **Cervantes** con la de Lope. A Azorín en aquel julio de 1918 todo le parece espléndido y descubre al Lope más amado, al Lope multiforme y variado: "Desde la tragedia honda, conmovedora, hasta el poeta satírico,



Anna de Noailles, poeta y musa en París, de origen rumano. Pintada por Ignacio Zuloaga, 1913

humorístico” (1945: 52). Los elogios y la admiración se suceden sin respiro: “Lope lo ha recogido todo. Facilidad y elegancia: estas son, a mi entender, sus dos cualidades esenciales” (1945: 50). Y enumera sus variadas creaciones y los diversos géneros cultivados para concluir que, en esa heterogénea producción, brilla el poeta por su fuerza y por su intensidad. Y sobre todo lo que sobresale en Lope son sus creaciones aparentemente fáciles que, sin embargo, encierran una lección profunda de vida. Unos versos del *Isidro* le sirven a Azorín para evocar al Lope de Vega preferido y predilecto:

...Que en la senda del vivir
no ir adelante, es ir
atrás; y el que a arar empieza,
no ha de volver la cabeza,
sino arar y proseguir.

En estos cinco versos, asegura Azorín, está todo Lope de Vega: “elegante, rápido, fácil, enérgico [...] pasa la vida con una desenvoltura, con un brío, con un despejo que asombran y subyugan” (1945: 49). Azorín, lector asiduo de Lope, revela en estas tres estampas perfiles muy ignotos y poco conocidos de nuestro Fénix de los Ingenios, el gran Lope de Vega, merecedor de estos y de otros muchos elogios, muchas veces como gran comediógrafo, pero siempre como excelso y original poeta.



Francisco Javier Díez de Revenga es catedrático emérito de Literatura Española en la Universidad de Murcia. Ha publicado (entre otros libros de investigación literaria) **Azorín, entre los clásicos y con los modernos**, *Estudios sobre Miguel Hernández*, y el volumen *Miguel Hernández: En las lunas del perito*. Ha realizado ediciones de autores clásicos. De entre su producción cabe destacar también *Los poetas del 27. Tradiciones y vanguardias*. Es Académico de Número de la Real Academia Alfonso X el Sabio y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.